

**ACCIÓN SOCIAL. REVISTA DE POLÍTICA SOCIAL Y SERVICIOS SOCIALES.**

**ISSN 2341-4529**

---

**Número I/4. Marzo 2017.**

**Revista coeditada por el IPS. Instituto de Política social y SocialMurcia.**



**Acción Social**

**LAS FRONTERAS (SALMO EN AZUL Y ROJO).**

**Miguel Ros López.**

*Sólo lo humano sabe ser verdaderamente ajeno.  
El resto son bosques mixtos, viejos topos y vientos.  
Salmo. Wislawa Szymborska.*

Se había traído el azul del desierto en su piel. El índigo de las túnicas *tuaregs*. Aunque su condición de inmigrante lo dotaba de cierta transparencia, era muy joven para ser invisible a los ojos de los demás, y no obstante, mientras pasea por la orilla de la playa, son las crestas de las suaves olas las que advierten de su presencia. En ese instante sólo es perceptible por las huellas que sus botas de ante dejan sobre la arena y porque sus *blue-jeans* y su cazadora vaquera rompen la continuidad de las líneas de espuma blanca que coronan las olas que, una tras otra, intentan alcanzar sus pies sin conseguirlo. De cuando en cuando se agacha para coger algo, alguna concha marina tal vez, que limpia con cuidado y se echa al bolsillo. Cada paso que da se aleja un poco más del puerto.

*¡Qué poco herméticas son las fronteras de los reinos humanos!  
¡Cuántas nubes vuelan impunemente sobre ellas,  
cuántas arenas del desierto pasan de un país a otro,  
cuántas piedras del monte ruedan por propiedades ajenas  
dando provocativos saltos!*

De la terraza de uno de los restaurantes que, en módulos arquitectónicos idénticos, jalonan el paseo marítimo, sale una chica llevando a pie su bicicleta. Aunque habría llamado igualmente la atención, al ir de rojo resulta casi imposible no detener sobre ella la mirada, acto reflejo asociado a la señal de *stop*. Viste una cazadora corta de cachemira sobre la que descansa una cola de pelo de azafrán recogida con un pasador azul. Al cuello lleva un *foulard* de gasa bermellón. Al subir a la bicicleta los mocasines granates dejan asomar unos calcetines de color rojo que apenas se ven, tapados por un pantalón de pana elástica azul marino. Sobre la espalda, una mochila negra como la bicicleta. Al inclinarse sobre el manillar, la chaquetilla burdeos permite ver una cinta de piel blanca limitada por otro borde del mismo color, la frontera elástica

de la lencería fina que en esa posición el pantalón no oculta. Lleva unas gafas de cristales rosados que cuando mira hacia el mar le hacen ver las olas de color añil con ribetes rosáceos. En la mochila, como los caracoles, lleva la casa a cuestas: una toalla de playa de color azul cielo atormentado, un teléfono móvil de carcasa azul aguamarina transparente, una libreta azulona y una cajetilla de *Gitanes*. A mitad del paseo, en dirección al puerto, decide bajar de la bicicleta y rodándola sobre la arena se encamina oblicuamente a la orilla del mar. Cerca de la zona a la que se dirige hay unas viejas barcas de pesca. A babor, casi en la proa, una de ellas lleva un nombre que le llama la atención.

*¿Tengo que enumerar, uno tras otro, a todos los pájaros al vuelo  
o al que en este justo momento se posa en una barrera cerrada?  
Aunque se trate sólo de un gorrión, su cola ya es fronteriza,  
pero su pico es aún de aquí.  
Y para colmo no se está ni un segundo quieto.*

El príncipe azul, con las manos en los bolsillos, siente el nácar de las chapinas y observa una de las barcas varadas cerca de la orilla. Se acerca atraído por el nombre escrito, cerca de la proa, a estribor y porque esa barca es el mismo destino de una chica que va andando sobre la arena con una bicicleta. Se agacha y repasa las letras negras con sus dedos azules, quizás para entender su significado a través del tacto o para acariciar un recuerdo recién llegado de la memoria. Cuando se levanta ve, al otro lado de la barca, a la diosa de fuego sujetando por el manillar la bicicleta negra como las letras que, también ella, estaba mirando un momento antes de sentirse observada por alguien de color violeta, alguien que ha atravesado un océano de tintas de sepia y calamar diluidas en inmensidades marinas. El príncipe de piel azul y la princesa de mirada rosa confirman que el destino asigna colores a los géneros.

Y mientras el destino se entretiene dando color, entre esos dos seres únicos, además de una barca llamada Soledad, hay una comunión, un *feeling*, una química, un cupido, llamémosle como queramos, que sólo ellos experimentan en un instante inasible y excluyente para el resto de los mortales. Nadie, excepto ellos, sabe si se han dicho hola o que nombre tan bonito, tan raro, tiene esta barca.

- ¿Bonito? -pregunta ella.
- Si, SOL. ¿Por qué dices que es raro?- responde él.

En ese instante, ella comprende a la velocidad de la luz y sonriendo asombrada por la revelación le dice:

- Mira, ¿no te parece raro EDAD?

Él rodea la proa y se acerca a ella, y se extraña de que una barca tenga nombres distintos a cada lado. Cerca de ella se siente bien y como también es ágil de pensamiento, le pregunta:

- ¿Qué significa soledad?
- Los pescadores suelen ponerle a sus barcas nombres de mujer: la esposa, la hija o la madre. Esta barca será de uno que tiene alguna Soledad en su vida - , le explica ella.

Se dejan caer hacia la orilla.

Ella acuesta la bicicleta sobre la arena y sacando la toalla la extiende. Se quita los zapatos y los calcetines, y ofrece sus pies a la brisa marina. Se sienta dándole preferencia a él sobre el mar, con las piernas encogidas y paralelas al horizonte. Parece una niña buena a la que van a contar una historia.

Él se ofrece en escorzo para poder mirarla de frente, el peso del cuerpo sobre una mano apoyada en la arena. Le cuenta el ritual del té a la puerta de la *jaima* y el de las oraciones sobre la alfombra.

Dejan pasar un par de olas.

- ¿Qué haces aquí?
- Soy técnico recolector de cítricos-, responde él irónicamente. He estado dos meses en la empresa CIE y me han echado.

Ella no puede evitar la visión de sus manos azules cogiendo naranjas y le viene de la memoria la aventura de Tintín, ambientada en la huerta levantina, donde el profesor Tornasol inventaba unas naranjas azules y mágicas. La empresa CIE le suena.

Y tú ¿qué haces?

- Soy criminóloga y guionista de la serie para la televisión vasca “Refugia2”, contesta ella.

Y le explica que ayuda a reparar vidas rotas o al menos errantes. Él imagina aquellas manos tan blancas, escribiendo sobre papeles blancos como sus pies descalzos.

Entre el azul y el rojo, el blanco.

Ella saca un cigarrillo de la cajetilla azul calé y se entretiene jugando con él. Uñas rojas sobre cilindro blanco. Él no tiene fuego. De todos modos su mano libre se dirige a uno de los bolsillos de la cazadora vaquera y acaricia las conchas, todas blancas y bivalvas. Al chocar unas con otras el sonido despierta la curiosidad e la chica.

- ¿Qué llevas en el bolsillo?
- Mariposas.

Sacando una, la extiende sobre su mano oscura, ofreciéndosela como se ofrece un poema. El efecto mariposa de las conchas marinas. Cuando ella la coge de su mano, las valvas, unidas por algo que mantiene todavía cierta elasticidad, tienden a juntarse con lo que la mariposa extendida del coleccionista, recupera el aliento y se dispone a libar cerca de la boquilla del cigarrillo aún apagado. Sorprendida y agradecida, le demuestra su admiración con un beso espontáneo, grande y redondo como una naranja, depositado sobre una piel que le regala el dulzor de un dátil madurado en la palmera.

Se sonríen.

*De los innumerables insectos me limitaré a la hormiga,  
que entre la bota izquierda y derecha del aduanero,  
no se digna contestar a las preguntas ¿de dónde? ¿a dónde?  
¡Ah, ver claramente, a un tiempo, ese completo desorden en todos los continentes!*

Ella saca una libreta de la mochila y arranca una hoja en la que hay escrito un poema de Wislawa Szymborska. Lo lee para él, que apenas entiende las palabras pero que siente lo que dicen porque alguien está pronunciándolas para su corazón.

.....  
*¿No es acaso ese ligustro de la orilla opuesta  
el que de contrabando pasa por el río una enésima hoja?  
¿O no es acaso la atrevidamente manilarga sepia la que viola la sagrada zona  
de las aguas territoriales?*

*¿Se puede acaso hablar e un cierto orden  
cuando ni las estrellas se dejan colocar en su sitio para que quede claro  
bajo cual ha nacido cada uno?  
¡Y no hablemos del censurable comportamiento de la niebla!  
¡Ni del polen que surca las estepas como si nunca hubieran sido divididas!*

.....

Después de leído, lo dobla y se lo entrega. Otra mariposa blanca volando en dirección contraria. Él coge el poema con cuidado y lo guarda en el bolsillo interior, a la altura del corazón. Después se gira un poco y del bolsillo izquierdo trasero del pantalón saca una hoja de almanaque, marzo del dos mil quince, doblada para hacerla tamaño bolsillo . La desdobra y se la enseña señalándose.

Es una foto hecha desde el aire, a vista de dron. Un secadero de dátiles a las orillas del Nilo. El suelo del oasis está alfombrado de dátiles dispuestos ordenadamente en un mosaico multicolor. Desde el amarillo al negro, pasando por el rojo, según la clase de dátil y su grado de maduración. Su dedo azul sobre alguien vestido de blanco que conduce un tractor rojo labrando en las orillas del palmeral.

Ella no tiene ni una sombra de duda de que es él. Lo ha reconocido aunque apenas se ve. Alguien dijo que había que mirar con el corazón.

En ese momento, alguien ajeno a esos instantes mágicos se siente atraído por la visión estética de los colores y las formas del ritual de esa pareja. Lleva una pesada cámara de fotos en bandolera pero no se atreve a irrumpir en aquella relación sagrada. Sigue andando y la vieja barca varada atrae su atención. La quilla verde y blanca sólo está para tomar el sol y como mucho para aguantar apoyada en la arena la humedad marina. Saliendo de la playa y tras cruzar el paseo marítimo y la calle, una pared vieja le ofrece desconchones azules rodeando un ladrillo rojo. Ítaca. Algo más allá, una serie de restos de puertas, de colores y texturas diferentes , dispuestos como los rectángulos en los cuadros de Sean Scully, cierran un vano. Vuelve a la playa, camina hacia las grúas del puerto pero antes de abandonar la arena, una red de voleibol playero, inflada incompresiblemente por el viento que atraviesa su malla, llama su atención y la del objetivo de su cámara. Las grúas portuarias siempre le han parecido seres vivos y más de una vez las ha visto empezar el día sacando al sol del océano o sosteniendo a la luna

sobre una nube. Todavía hay luz. Regresa sobre sus pasos. La pareja sigue en el mismo sitio. Ahora apenas hablan.

*Ni del sonido de las voces en las serviciales ondas del aire,  
chillidos evocadores y significativos gorgoteos.*

De las terrazas de dos bares equidistantes del lugar donde están sentados llegan, apenas audibles, los sones de *blue, blue, l'amour est blue* cantados por Silvie Vartan y la voz de oro de Leonard Cohen cantando *The night comes on*.

¿A quién le importa que ella se llame Escarlata? ¿A quién, que él sea uno de los hombres azules del desierto que vendió su camello para llevar un tractor en un oasis de Egipto? ¿A quién, el color del amor cuando la noche se acerca?

*Sólo lo humano sabe ser verdaderamente ajeno.  
El resto son bosques mixtos, viejos topos y vientos.*

